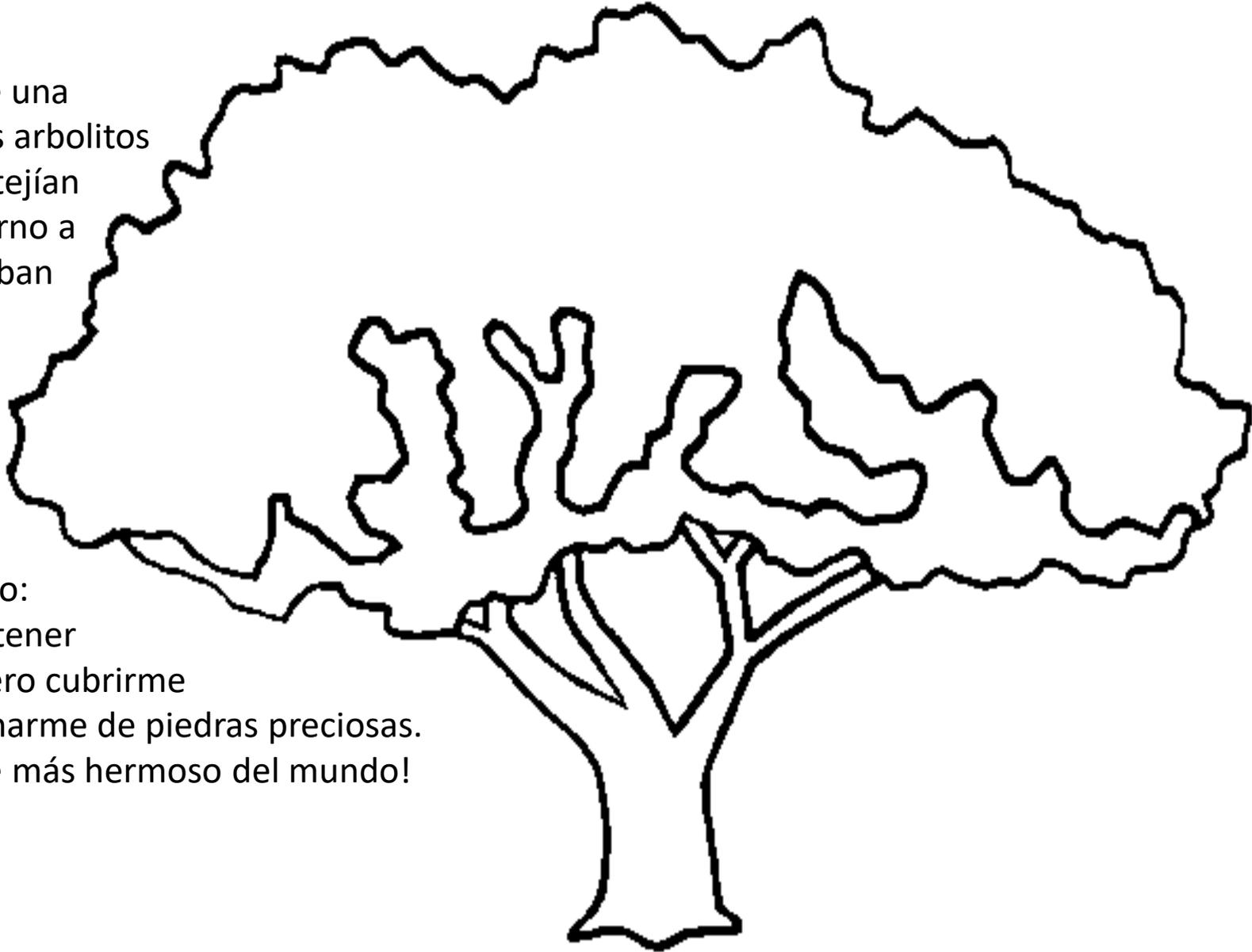


# La leyenda de los tres árboles

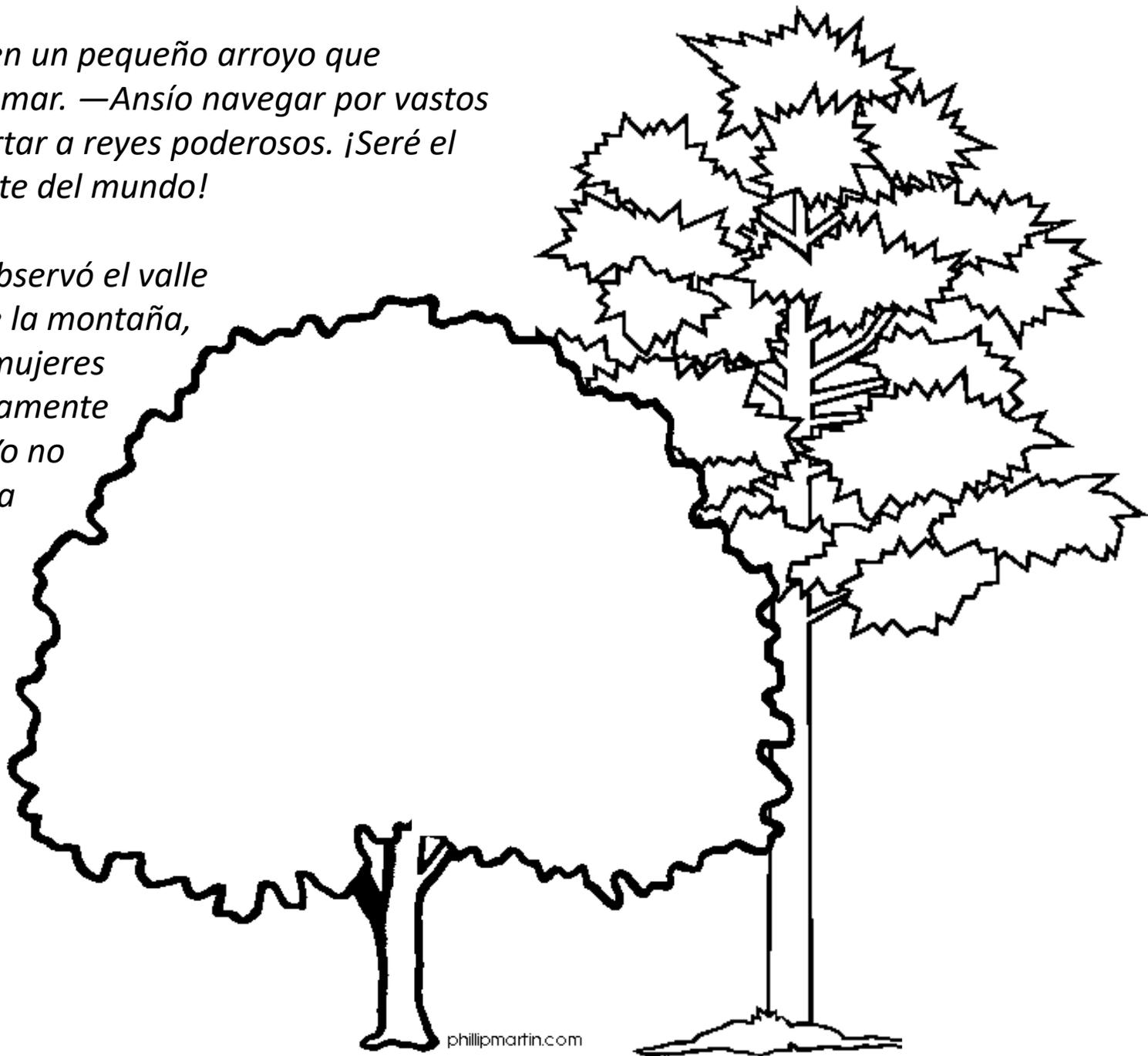
En la cima de una montaña tres arbolitos se erguían y tejían sueños en torno a lo que aspiraban a ser cuando crecieran.

El primero alzó la vista hacia las estrellas y dijo:  
—Deseo contener tesoros. Quiero cubrirme de oro y llenarme de piedras preciosas. ¡Seré el cofre más hermoso del mundo!



*El segundo se fijó en un pequeño arroyo que descendía hacia el mar. —Ansío navegar por vastos océanos y transportar a reyes poderosos. ¡Seré el barco más resistente del mundo!*

*El tercer arbolito observó el valle que había al pie de la montaña, donde hombres y mujeres trabajaban afanosamente en un pueblito. —Yo no deseo abandonar la cima de la montaña. Quiero crecer tan alto que cuando la gente se detenga a mirarme, alce los ojos al cielo y piense en Dios. Seré el árbol más alto del mundo.*



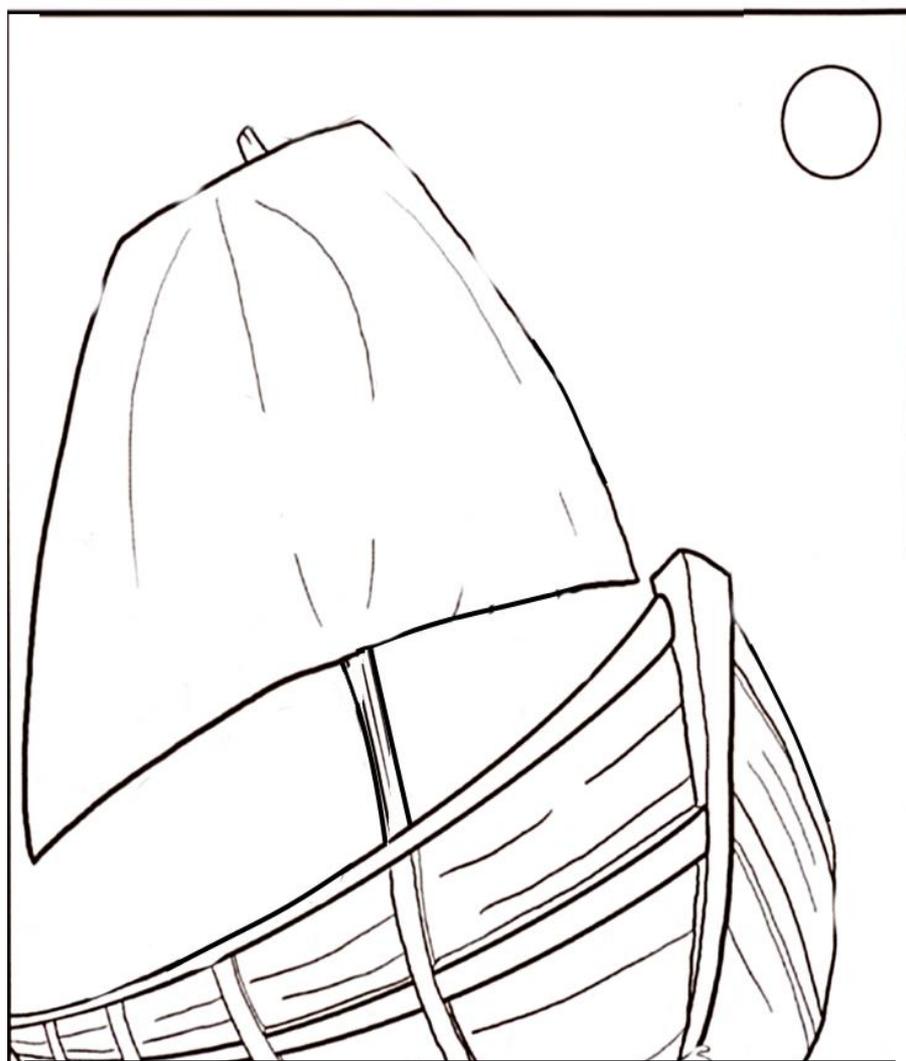
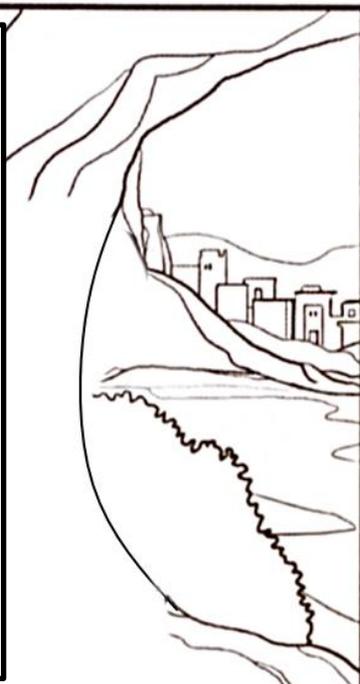
Un día tres leñadores subieron hasta la cima. El primero de ellos observó el primer árbol y dijo: —¡Qué árbol tan magnífico! Me resultará perfecto. Y esgrimiendo su reluciente hacha, lo derribó.

El segundo leñador miró el segundo árbol y exclamó: —Este árbol es fuerte. Justamente lo que necesito. Con los golpes de su hacha, cayó el segundo árbol al suelo.

El tercer árbol se sintió desfallecer cuando el tercer leñador miró en dirección a él. Se erguía alto y derecho, y apuntaba valientemente hacia el Cielo. Sin embargo, el leñador ni se molestó en levantar la vista. —Cualquier árbol me servirá —musitó. Y a fuerza de hachazos, tumbó el tercer árbol.



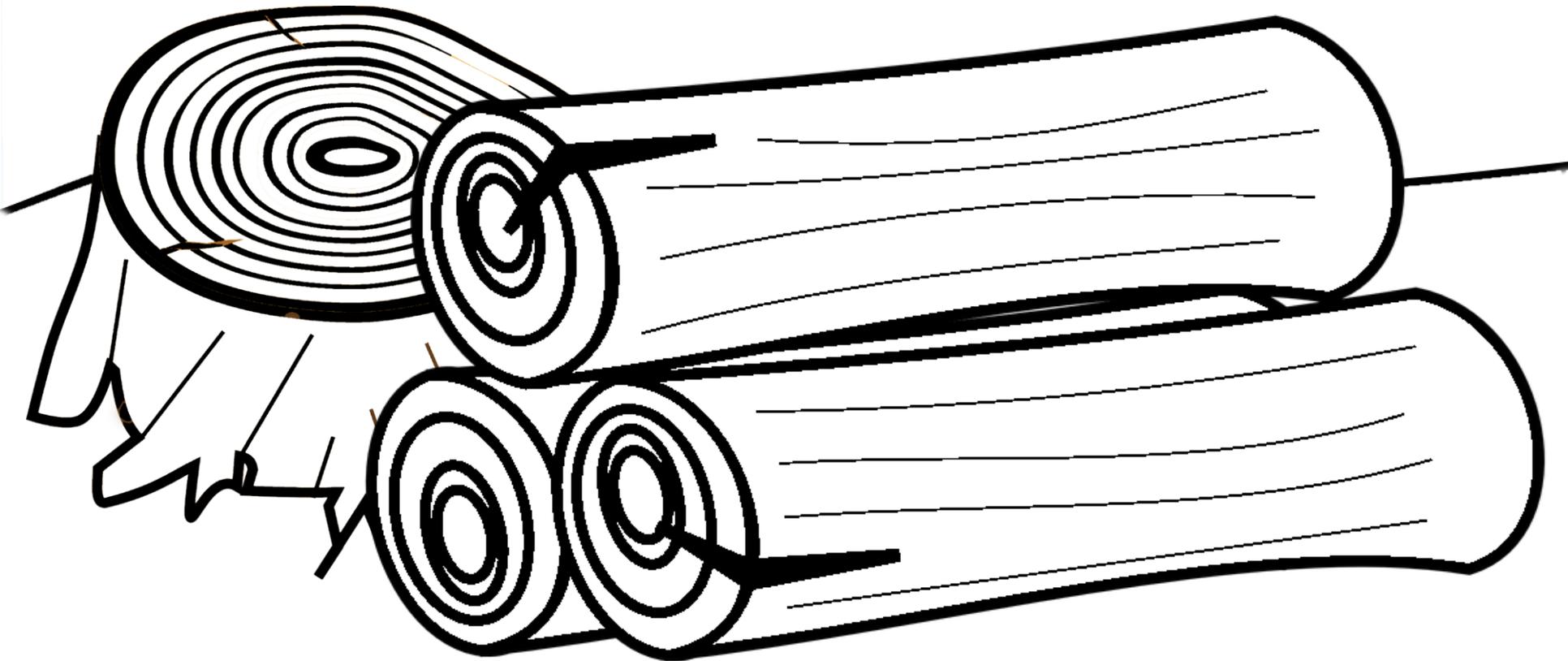
El carpintero convirtió al primer árbol en un comedero para animales. Aquel árbol que había ostentado gran belleza no se veía cubierto de oro ni contenía tesoro alguno. Estaba salpicado de aserrín y lleno de paja para dar de comer a animales hambrientos.



El segundo árbol fue aserrado y ensamblado como una simple barca pesquera. Era demasiado pequeño y frágil para navegar en alta mar o incluso en un río. Lo llevaron más bien a un lago.



El tercer árbol se sumió en el desconcierto cuando el leñador lo cortó en fuertes vigas y lo abandonó en el aserradero. —¿Qué pasó? —se preguntó el árbol que otrora se había erguido tan alto—. Todo lo que quería era permanecer en aquella cima y apuntar hacia Dios...





Una noche, las estrellas vertieron su luz sobre el primer árbol cuando una joven acostó a su recién nacido en el pesebre. —Me gustaría construirle una cuna —susurró su esposo. Con una sonrisa, la joven madre le estrechó la mano mientras la luz de la luna iluminaba la suave pero firme madera. — El comedero es hermoso —dijo ella. De pronto el primer árbol comprendió que contenía el tesoro más valioso que pudiera haber.



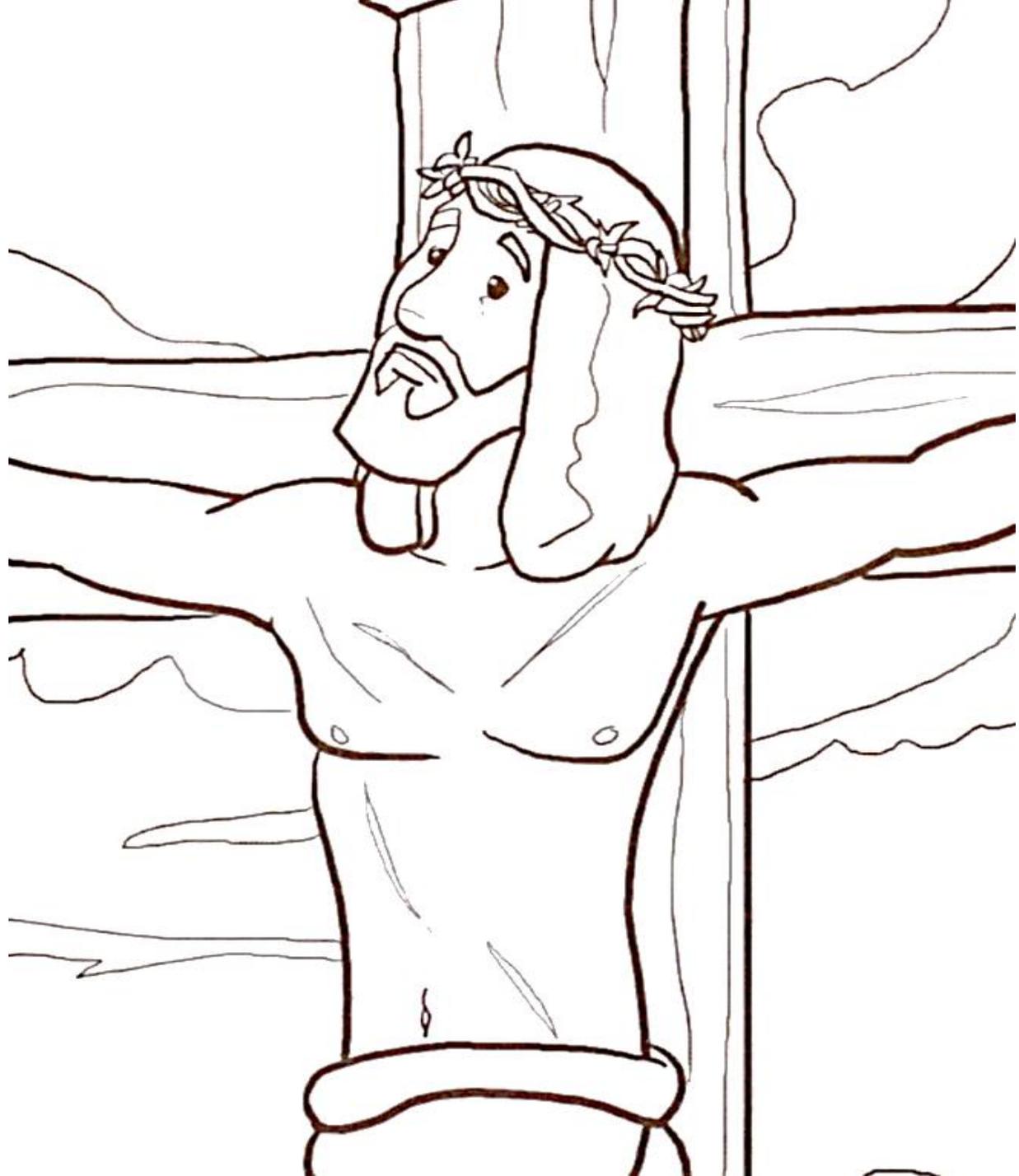
Una tarde, un viajero cansado y sus amigos abordaron el viejo bote de pesca. El viajero se quedó dormido mientras el segundo árbol se adentraba en el lago.

Al poco tiempo se desató una tormenta. El arbolito se estremeció. Sabía que no tenía las fuerzas para llevar a tantos pasajeros en medio de aquella tempestad.

El fatigado viajero se despertó. Extendió la mano y dijo: — Haya paz. Y la tormenta cesó con la misma celeridad con que se había levantado. De repente el segundo árbol entendió que llevaba a bordo al Rey del Cielo y de la Tierra.

Un viernes por la mañana, el tercer árbol se vio sobresaltado cuando alguien arrancó sus vigas del montón de leña olvidado. Arrastrado a través de una multitud que abucheaba, se estremeció de miedo. Tembló cuando unos soldados le clavaron las manos de un hombre. Se sentía despreciable, duro y cruel.

Pero tres días después, el tercer árbol supo que Dios lo había transformado por completo. Y cada vez que las personas pensaban en él, se acordaban de Dios. Eso era infinitamente mejor que ser el árbol más alto del mundo.



*Para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes, ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha escogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo. Así nadie podrá presumir delante de Dios. (1 Corintios 1:27-29)*

